

bién muy viejo, anunciaba un largo uso, confirmado por cambios de color en ciertos sitios, y las hebillas, en lugar de ser de acero, eran de hierro común; las de los zapatos eran del mismo metal. Su chaleco blanco con flores se había puesto amarillo á fuerza de uso, lo mismo que su camisa, cuya pechera deshinchada anunciaba una miseria horrible, pero decente. Finalmente, el aspecto de su hopalanda (se llamaba así á una levita provista de una sola esclavina y semejante á la capa á lo Crispín) acabó de convencerme de que mi amigo había caído en la desgracia. Esta hopalanda, de paño de color avellana, excesivamente raída y admirablemente cepillada, tenía en el cuello una capa de mugre y sus botones de metal blanco se habían puesto amarillos. En una palabra, todas aquellas viejas prendas estaban en un estado tan vergonzoso, que no me atrevía á mirarlas más. El clac, una especie de círculo de fieltro que se llevaba entonces debajo del brazo, en lugar de llevarlo en la cabeza, debía haber conocido varios gobiernos. Sin embargo, mi amigo acababa sin duda de gastar algunos cuartos en casa de algún barbero, pues venía afeitado. Sus cabellos, recogidos detrás, sujetos con una peineta y empolvados con lujo, olían á pomada. Ví en su pantalón dos cadenas paralelas de acero oxidado, aunque sin apariencia alguna de reloj en los bolsillos. Estábamos en invierno y Mongenod no llevaba capa, pues algunas gotas de nieve fundida caídas de los tejados, bajo los cuales debía de haber andado, salpicaban la esclavina de su hopalanda. Cuando se quitó sus guantes de piel de conejo y pude ver su mano derecha, reconocí en ella las huellas de un trabajo penoso. Su padre, abogado del gran Consejo, le había dejado una fortuna de cinco ó seis mil francos de renta. Comprendí en seguida que Mongenod venía á pedirme prestado. Yo tenía en un rincón doscientos luises en oro, suma enorme en aquel tiempo, pues equivalía á no sé cuántos miles de francos en papel.

Mongenod y yo habíamos estudiado en el mismo colegio, en el de los Grassins, y nos habíamos encontrado practicando en casa del mismo procurador, de un buen hombre llamado Bordín. Cuando se ha pasado la juventud y se han hecho las locuras de la adolescencia con un compañero, existen entre nosotros y él simpatías casi sagradas; su voz, sus miradas, mueven en nuestro corazón ciertas cuerdas que sólo vibran bajo el imperio de los recuerdos que él anima. Aun cuando se tengan motivos de queja de un amigo así, no por eso quedan proscritos todos los derechos de la amistad. Entre nosotros no había habido nunca la menor riña. A la muerte de su padre, ocurrida en 1787, Mongenod pasó á ser más rico que yo, y aunque nunca le pedí nada, le debía el goce de esos placeres que el rigor paternal me prohibía. Sin mi generoso amigo, no hubiera visto la primera representación del *Casamiento de Figaro*. Mongenod era entonces lo que se llamaba un arrogante caballero: era muy galante, su bolsa se abría fácilmente, le hubiera servido de testigo á cualquiera después de haberle visto dos veces, y yo le reproché más de una vez su excesiva facilidad para trabar amistades y hacer favores... ¡Dios mío! ¡me obliga usted á recorrer de nuevo los senderos de mi juventud! exclamó el honrado Alain dirigiendo á Godofredo una alegre sonrisa y haciendo una pausa.

—¿Me tiene usted rencor por ello? dijo Godofredo.

—¡Oh! no, y por la minuciosidad de mi relato puede usted comprender la gran importancia que este acontecimiento tuvo en mi vida... Mongenod, dotado de un corazón excelente y hombre de valor un poco volteriano, se dispuso á hacer el hidalgo, repuso el señor Alain; su instrucción en los Grassins, donde se instruyeron muchos nobles, y sus buenas relaciones le habían dotado de esa educación elevada propia de las gentes de condición, que entonces se llamaban aristócratas. Comprenderá usted ahora cuán grande

sería mi sorpresa al ver en Mongenod los síntomas de la miseria que degradaba para mí al joven y elegante Mongenod de 1787, cuando mis ojos dejaron su rostro para examinar sus vestidos. Sin embargo, como en aquella época de miseria pública había gentes astutas que se disfrazaban con un exterior miserable, y como había muchas razones que apoyaban el disimulo, esperé una explicación, al par que la solicitaba. — ¡Vaya una indumentaria que me traes, mi querido Mongenod! le dije aceptando una toma de tabaco que me ofreció en una tabaquera de similor. — Muy triste, me respondió, no me queda más que un amigo... y ese amigo eres tú. He hecho todos los posibles para evitar este paso, pero me veo obligado á venir á pedirte cien luises. La suma es grande, dijo al ver mi asombro, pero si no me dices más que cincuenta, me vería en la imposibilidad de devolvértelos; mientras que si sale fallido el negocio que voy á emprender, me quedarán aún cincuenta luises para buscar fortuna por otros medios, y no sé aún lo que me inspirará la desesperación. — Y ¿no tienes nada? le pregunté. — Tengo, repuso conteniendo una lágrima, veinticinco céntimos, restos de mi última moneda. Para presentarme en tu casa he ido á limpiarme las botas y entré además en una peluquería. Tengo lo que llevo. Pero debo mil escudos á mi patrona, y mi bodegonero se negó ayer á fiarme más. Estoy, pues, sin ningún recurso. — Y ¿qué piensas hacer? le dije yo empezando á inmiscuirme en su fuero interno. — Si tú me niegas lo que te pido, pienso venderme como soldado. — ¡Tú, Mongenod, soldado! — Sí, buscaré la muerte, ó llegaré á ser el general Mongenod. — Pues bien, le dije muy emocionado, almuerza con toda tranquilidad, que yo tengo los cien luises. Una vez dicho esto, dijo el buen Alain mirando á Godofredo con aire astuto, creí necesario decir una pequeña mentira de prestamista. — Es todo lo que poseo en el mundo, le dije á Mongenod. Esperaba el momento

en que los fondos públicos estuviesen al precio más bajo posible para colocar este dinero; pero lo pondré en tus manos y tú me considerarás como tu asociado, dejando yo á tu conciencia el cuidado de devolverme lo que me corresponda en su tiempo y lugar. La conciencia de un hombre honrado, le dije, es el mejor libro de cuentas. Mongenod me miraba fijamente mientras yo hablaba, y parecía que quería incrustar mis palabras en su corazón. Me tendió su mano derecha, le dí yo mi mano izquierda y nos dimos un apretón, yo muy enternecido y él sin poder contener ya dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas un tanto marchitas. La vista de aquellas dos lágrimas llenó mi corazón de dolor, y quedé aún más conmovido cuando, olvidándolo todo en aquel momento, Mongenod sacó para enjugarse un mal pañuelo de las Indias todo roto. — Espera un poco, le dije marchándome para ir á mi escondite con el corazón tan conmovido como si una mujer me hubiese confesado que me amaba. Volví con dos rollos de cincuenta luises cada uno. — Toma, cuéntalos... No quiso contarlos y miró en torno suyo para ver si veía algún escritorio, con objeto de darme, según dijo, un recibo. Yo me negué terminantemente á tomar papel alguno. — Si yo me muriese, le dije, mis herederos te atormentarían. Esto debe quedar entre nosotros. Al encontrar en mí un amigo tan bueno, Mongenod abandonó el aire de tristeza y de abatimiento que tenía al entrar, y se puso alegre. Mi criada nos sirvió ostras, vino blanco, una tortilla, unos riñones salteados y un resto de pastel de Chartres que mi anciana madre me había enviado, y después el postre, el café y los licores. Mongenod, que ayunaba hacía ya dos días, restauró sus fuerzas. Hablando de nuestra vida anterior á la Revolución, permanecimos de sobremesa hasta las tres como los mejores amigos del mundo. Mongenod me contó el cómo había perdido su fortuna. En primer lugar, la reducción de las rentas del municipio le

había costado las dos terceras partes de su fortuna, pues su padre había colocado en el ayuntamiento la mayor parte de su capital; después, á raíz de haber vendido su casa de la calle de Saboya, se había visto obligado á recibir su precio en papel, y entonces se le metió en la cabeza fundar un periódico, *El Centinela*, por el cual tuvo que huir cuando llevaba seis meses de existencia. En aquel momento fundaba todas sus esperanzas en el éxito de una ópera cómica titulada *Los Peruanos*. Esta última declaración me hizo temblar. Convertido en autor, habiendo gastado parte de su fortuna con *El Centinela*, y viviendo sin duda en el teatro, en relación con los cantantes del Feydeau, con los músicos y la extravagante gente que se oculta tras el telón de la escena, Mongenod no me pareció ya el mismo Mongenod. Sentí un gran estremecimiento. Pero ¿cómo recobrar mis cien luises? Veía los dos paquetes en los sendos bolsillos de su pantalón como si fuesen dos cañones de pistola. Mongenod partió. Cuando me encontré solo, sin el espectáculo de aquella terrible y cruel miseria, me puse á reflexionar á pesar mío con frialdad, diciéndome: «Sin duda Mongenod se ha depravado y ha venido aquí á desempeñar alguna comedia». Su alegría cuando vió que le daba buenamente una suma tan enorme, me pareció entonces la alegría de los criados de teatro cuando logran engañar á algún gerente. Acabé por donde debía haber empezado, y me prometí tomar algunos informes sobre mi amigo Mongenod, que me había dejado escrita su dirección en el dorso de un naipe. Por una especie de delicadeza no quise ir á verle al día siguiente, pues hubiera podido comprender la desconfianza con mi prontitud. Dos días después, algunos quehaceres me retuvieron por completo, y sólo pasados quince días, viendo que Mongenod no venía, me decidí á ir una mañana de la Croix-Rouge, donde yo vivía á la sazón, á la calle de los Moines, donde él vivía. Mongenod habitaba en una

casa de huéspedes del último orden, pero cuya patrona era una muy honrada mujer, viuda de un administrador general muerto en el patíbulo, y que, completamente arruinada, empezaba con algunos luises el dudoso oficio de patrona. Tuvo después siete casas en el barrio Saint-Roch, é hizo fortuna.—El ciudadano Mongenod no está, pero hay gente arriba, me dijo aquella mujer. Estas últimas palabras excitaron mi curiosidad y subí á un quinto piso, cuya puerta me fué abierta por una joven encantadora... ¡Oh! una joven de rara hermosura, que, con aire bastante azorado, permaneció en el umbral de la puerta entreabierta.—Soy Alain, el amigo de Mongenod, le dije. Al oír estas palabras me abrió la puerta y entré en un espantoso zaquizamí, que aquella joven mantenía, no obstante, bastante limpio. Me puso una silla delante de una chimenea llena de ceniza y sin fuego, y me invitó á que me sentase. Se helaba uno allí.—Caballero, me considero muy feliz, me dijo la joven cogiéndome las manos y estrechándomelas afectuosamente, pudiendo demostrar á usted mi agradecimiento, pues es usted nuestro salvador. Sin usted, acaso no hubiese vuelto á ver nunca á Mongenod... ¡Qué sé yo!... acaso se hubiera arrojado al río. Cuando fué á ver á usted estaba desesperado... Examinando á aquella joven, quedé bastante asombrado al ver que cubría su cabeza un pañuelo, bajo el cual, detrás de la cabeza y á lo largo de las sienes, se veía una sombra negra; pero, á fuerza de mirarla, observé que tenía la cabeza afeitada.—¿Está usted enferma? le pregunté observando aquella singularidad. Ella dirigió una ojeada á un mal espejo, se ruborizó y abundantes lágrimas brotaron de sus ojos.—Sí, caballero, me respondió en seguida. Sufría horribles dolores de cabeza y me ví obligada á cortarme los hermosos cabellos, que me llegaban hasta los talones.—¿Es á la señora de Mongenod á quien tengo el honor de hablar?—Sí, caballero, me contestó diri-

giéndome una mirada verdaderamente celestial. Me despedí de aquella pobre mujer, y bajé con intención de hacer hablar á la patrona, pero había salido. Me parecía que aquella joven había tenido que vender sus cabellos para comprar pan. Me encaminé acto continuo á un almacén de leña y envié media carretada á casa de mi amigo, rogando al carretero y á los cerradores que entregasen á la dueña una factura pagada y á nombre del ciudadano Mongenod. Aquí acaba el período de lo que yo llamé *mi* estupidez, dijo el honrado Alain juntando las manos y levantándolas con aire de arrepentimiento.

Godofredo no pudo menos de sonreír; pero estaba, como se va á ver, en gran error al sonreírse.

—Dos días después, repuso Alain, encontré á una de esas personas que no son ni amigos ni indiferentes, y con los que nos vemos de vez en cuando, lo que se llama, en una palabra, un *conocido*, un tal Barilland, que, por casualidad y con motivo de *Los Peruanos*, me dijo que conocía al autor. — ¡Cómol! ¿conoces al ciudadano Mongenod? le pregunté yo. En aquella época estábamos obligados todos á tutearnos, dijo el anciano á Godofredo á modo de paréntesis. Ese ciudadano me interesa, le dije. — Preferiría no haberlo conocido, porque me ha pedido prestado muchas veces dinero, y me muestra bastante amistad para no devolvérmelo nunca. Es un raro ese muchacho; un buen chico, pero muchas ilusiones... ¡Oh! una imaginación de fuego. Si he de hacerle justicia, diré que no trata de engañar á nadie; pero ocurre que, como se engaña él á sí mismo en todo, llega á portarse como hombre de mala fe. — Pero ¿qué te debe? — ¡Bah! algunos cientos de escudos. Es un mano rota. Nadie, yo creo que ni él mismo, sabe dónde mete el dinero. — ¿Tiene recursos? — Sí, me dijo Barilland riendo. En este momento habla de comprar tierras en los Estados Unidos. — Recogí aquella gota de vinagre que la maledicencia había arrojado en mi corazón,

y que hizo que se agriasen todas mis buenas disposiciones. Acto continuo fui á ver á mi antiguo principal, que me servía de consejero. Tan pronto como le hube confiado el secreto de mi préstamo á Mongenod y la manera como éste se había presentado, exclamó: — ¡Cómo obrar tan á la ligera uno de mis antiguos pasantes! Si hubiera usted aplazado el préstamo y hubiera venido á verme, habría sabido que despedí á Mongenod de mi casa. Hace ya más de un año que me debe más de cien escudos en plata, una suma enorme. Y tres días antes de ir á almorzar con usted, me encontró en la calle y me pintó su miseria de un modo tan doloroso, que le di dos luises. — Si me veo burlado por un hábil comediante, tanto peor para él. Pero ¿qué hacer? le dije. — Por lo menos procure usted obtener de él algún documento, pues por malo que sea hoy un deudor, puede llegar á ser bueno mañana, y entonces se cobra. — Acto continuo, Bordin sacó de una carpeta un sobre, en el cual ví escrito el nombre de Mongenod, y me enseñó tres recibos de á cien francos cada uno. — El primer día que venga le haré unir á esto los dos luises que le dí, los intereses vencidos y lo que me pida, obligándole á firmar un recibo de todo y una declaración de que los intereses corren desde el día del préstamo. Al menos así tiene uno medios de hacer que algún día le paguen, si esto es posible. — Pues bien, dije yo á Bordin, ¿tendría usted inconveniente en arreglarme este asunto como ha arreglado usted el suyo? Usted es un hombre honrado, y lo que usted haga bien hecho está. — Ninguno, me respondió el exprocurador. Cuando un hombre se porta como usted lo ha hecho, se expone á que cualquiera se burle de él. Yo no quiero que nadie se burle de mí. ¡Burlarse de un antiguo procurador del Chatelet!... ¡en seguida! El hombre á quien se presta una suma en la forma en que usted se la prestó á Mongenod, al cabo de algún tiempo acaba por creerla suya. El dinero de usted pasa á ser suyo, y la presencia de

usted llega á incomodarle. El deudor procura desembarazarse del acreedor arreglándose con su conciencia, y de cien hombres, setenta y cinco procurarán no volver á verlo en los días de su vida.—¿De modo que sólo reconoce usted un veinticinco por ciento de hombres honrados?—¿He dicho eso? me respondió sonriéndose con malicia, pues aun he dicho mucho... Quince días después recibí una carta en la que Bordín me rogaba que pasase á su casa para recoger mi recibo, y me apresuré á ir.—He tratado de ver si podía rescatarle á usted cincuenta luises, me dijo (yo le había confiado la conversación que había tenido con Mongenod), pero los pájaros han volado. Dígale usted adiós á su dinero. Sus canarios han volado á los países cálidos. Tenemos que habérnoslas con un gran camastrón. Me dijo que su mujer y su suegro se habían marchado á los Estados Unidos, llevándose sesenta luises de los de usted para comprar allí tierras, y que contaba ir á unirseles con objeto de hacer fortuna y de poder volver á pagar sus deudas, cuyo estado, completamente en regla, me ha confiado, rogándome que no perdiese de vista á sus acreedores. He aquí ese estado circunstanciado, me dijo Bordín presentándome una nota cuyo total leí. ¡Diez y siete mil francos! me dijo el exprocurador. Una suma con la que se podría comprar una casa que diese dos mil escudos de renta. Y después de haber hablado de este modo, me entregó una letra de cambio por valor de cien luises, acompañada de un documento por el cual Mongenod me reconocía asimismo los intereses.—Bueno, ya estamos listos, le dije yo á Bordín.—No le negaré á usted la deuda, me respondió mi antiguo principal; pero al que no tiene, el rey, ó mejor dicho, el Directorio, lo hace libre... Dichas estas palabras, salí. Creyendo que había sido robado por un medio que no castiga la ley, retiré mi estimación á Mongenod y me resigné muy filosóficamente. Si recalco tanto estos detalles tan vulgares y en apariencia tan

ligeros, no es mi razón, dijo el anciano Alain mirando á Godofredo; procuro explicarle á usted la manera cómo llegué á obrar como obran la mayor parte de los hombres, ó sea al azar y despreciando las reglas que hasta los salvajes observan en las cosas más insignificantes. Mucha gente habría que procuraría justificarse apoyándose en un hombre grave como Bordín; pero hoy no encuentro excusa posible para mí. Cuando se trata de condenar á uno de nuestros semejantes negándoles para siempre nuestra estimación, sólo puede uno atenerse á sí mismo, ¡y aun así!... ¿Debemos nosotros hacer de nuestro corazón un tribunal, ante el cual podamos citar á nuestro prójimo? ¿Dónde estaría, pues, la ley? ¿Cuál sería nuestro medio de apreciación? ¿Conque lo que en nosotros es debilidad no sería fuerza en el vecino? Existen tantos seres y son tantas las diferentes circunstancias de cada hecho, que no hay dos accidentes semejantes en la humanidad. La sociedad es la única que tiene derecho de reprensión sobre sus miembros, pues el de castigo se lo disputo. Basta con la reprensión, y aun ésta lleva consigo bastantes crueldades. Escuchando, pues, los dichos de un parisiense y admirando el juicio de un antiguo principal, condené al fin á Mongenod, repuso Alain continuando su historia, después de haber sacado de ella esta sublime euseñanza. Se anunciaron *Los Peruanos*. Esperé recibir de Mongenod entradas para la primera representación: yo me concedía una especie de superioridad sobre él. Considerando el préstamo, mi amigo me parecía una especie de vasallo que, además de los intereses de mi dinero, me debía una multitud de cosas. ¡Todos obramos así! Mongenod, no sólo no me envió entradas, sino que, habiéndole visto yo un día en el pasaje obscuro hecho en el teatro de Feydeau bien vestido, casi elegante, fingió que no me había visto, y cuando pasó delante de mí, cuando me vió correr detrás de él, mi deudor se escapó tomando un pasaje transversal. Esta

circunstancia me irritó mucho, y mi irritación, lejos de ser pasajera, aumentó por días. He aquí cómo: Algunos días después de este encuentro, escribí á Mongenod poco más ó menos en estos términos: «Amigo mío: No debe usted creerme indiferente á todo lo que pueda ocurrirle de feliz ó desgraciado. ¿Han dado *Los Peruanos* el resultado que usted se esperaba? Me olvidó usted para la primera representación, cuando hubiera tenido tanto gusto en aplaudirle. Estaba usted en su derecho. De todos modos, deseo mucho que encuentre usted un Perú, pues yo he encontrado el medio de emplear mi dinero, y cuento con que me satisfará usted el importe de su deuda. Su amigo, ALAIN.» Después de haber permanecido quince días sin recibir respuesta, me fui á la calle de los Moineaux. La posadera me comunicó que la mujer se había marchado con su padre en la época en que Mongenod había anunciado aquella marcha á Bordin. Mongenod salía de su buhardilla muy de mañana y no volvía hasta muy entrada la noche. Pasaron quince días más, y por fin le escribí una nueva carta concebida de esta suerte: «Mi querido Mongenod: No le veo á usted por ninguna parte y veo que tampoco contesta usted á mis cartas; no concibo su conducta. Si yo me portase así con usted, ¿qué pensaría de mí?» En lugar de poner vuestro amigo, puse: mil afectos. Pasó un mes más sin tener noticia alguna de Mongenod. *Los Peruanos* no habían tenido el éxito que su autor esperaba. Fui, pagando, á ver la vigésima representación y ví que había muy poca gente. Sin embargo, la señora Sción estaba muy hermosa. Me dijeron en el salón de descanso que la pieza obtendría aún algunas representaciones. En días diferentes fui siete veces á casa de Mongenod, no lo encontré nunca, si bien todas ellas dejé una tarjeta á la patrona. Desesperado ya, le escribí lo siguiente: «Caballero: Si no quiere usted perder mi estimación después de haber perdido mi amistad, espero que me tratará usted ahora cual

si fuese un desconocido, es decir, con educación, y espero también que me dirá si está usted ó no en disposición de satisfacer su deuda. Obraré según sea su respuesta. Vuestro servidor, ALAIN.» Ninguna respuesta tampoco. Estábamos entonces en 1799, y, dos meses arriba ó abajo, había transcurrido ya un año. Al vencimiento de la letra me fui á ver á Bordin, y éste se encargó de hacer la protesta y demás trámites. Los desastres sufridos por los ejércitos franceses habían hecho sufrir á los fondos públicos tan gran depreciación, que, por siete francos se podían adquirir cinco francos de renta. Todas las mañanas, mientras tomaba el café y leía el periódico, me decía: «¡Maldito Mongenod! ¡si no fuera por él, tendría mil escudos de renta!» Mongenod había pasado á ser mi sombra negra, y en casa y en la calle tronaba á todas horas contra él. Bordin le tiene cogido y ya sabrá reventarle, me decía yo. Mi odio se desahogaba con imprecaciones y con maldiciones dirigidas á aquel hombre que parecía tener todos los vicios. ¡Ah! ¡qué razón tenía el señor Barilland en lo que decía! pensaba yo á veces. Por fin, una mañana veo entrar á mi deudor tan fresco como si no me debiera un céntimo. Al verle experimenté toda la vergüenza que creía yo debía experimentar él. Parecía un criminal sorprendido en flagrante delito. Sin saber por qué me hallaba molesto. El 13 de brumario había pasado, todo iba bien y los fondos subían. Bonaparte había partido á librar la batalla de Marengo.—Caballero, es muy triste que sólo deba su visita á las instancias del alguacil, dije recibiendo de pie á Mongenod. Este tomó una silla y se sentó.—Vengo á decirte que no estoy en disposición de pagarte la deuda, me respondió.—Usted me ha hecho perder una buena ocasión de colocar mi dinero antes de la llegada del Primer Cónsul, momento en que hubiera podido llegar á hacer una pequeña fortuna.—Ya lo sé, Alain, ya lo sé, me dijo. Pero ¿qué ganas persiguiéndome judicialmente

y haciéndome gastar en costas? He recibido noticias de mi suegro y de mi mujer, y me envían la nota de las cosas necesarias para su establecimiento. Con este motivo he tenido que emplear todos mis recursos en estas adquisiciones. Ahora, sin que nadie pueda impedírmelo, voy á marchar en un navío holandés á Flessingue, donde he establecido todos mis negocios. Bonaparte ha ganado la batalla de Marengo, la paz va á firmarse, y yo puedo sin temor unirme á mi familia, pues mi pobre mujer ha partido encinta.—¿De modo que me ha inmolado usted á sus intereses? le pregunté.—Sí, me respondió. Yo creí que era usted amigo mío. Me pareció tan sublime el acento con que pronunció estas palabras, que en aquel momento me sentí inferior á Mongenod.—¿No se lo dije á usted? repuso. ¿No fui franco con usted allí, en aquel mismo sitio? Me dirigí á usted, Alain, como á la única persona de quien creía ser apreciado. Cincuenta luises, le dije, estarían perdidos, pero cien podría aún devolvérselos á usted. No le señalé plazo ninguno porque, ¿puedo yo saber cuándo acabaré mi lucha con la miseria? Usted era mi último amigo; todos los demás, hasta nuestro antiguo principal Bordín, me despreciaban porque les pedía dinero. ¡Oh! ¿usted no sabe, Alain, la cruel sensación que experimenta un corazón honrado cuando es presa de la desgracia y cuando va á casa de alguien á pedirle socorros!... ¡y lo que viene detrás! ¡Ojalá que no lo conozca usted nunca, porque es mil veces más espantoso que las angustias de la muerte! Me ha escrito usted cartas que, si hubiese usted estado en mi lugar, le hubiesen parecido odiosas. Esperaba usted de mí cosas que no podía yo hacer. Usted es el único con quien quiero justificarme. A pesar de sus rigores, y aunque de amigo se tornó usted en acreedor el día en que Bordín me pidió el recibo de parte suya, desmintiendo de ese modo el sublime contrato que habíamos hecho allí estrechándonos las manos y derramando lágrimas, pues bien,

á pesar de todo esto, repito, no me olvidé de aquella mañana y vengo á decirle á usted: «No acuse á la desgracia, porque no la conoce». No he tenido ni una hora ni un segundo para escribirle y responder á sus cartas. ¿Quería usted acaso que viniese á halagarle?... Pedir eso sería tanto como pedir á la liebre, cansada por los perros y los cazadores, que descansase en un claro del bosque y que paciese la yerba. No he dirigido á usted ninguna carta, porque no me bastaba el tiempo para llenar las exigencias de aquellos de quienes dependía mi suerte. Novicio en el teatro, he sido víctima de los músicos, de los actores, de los cantantes y de la orquesta. Para poder marcharme y comprar lo que mi familia necesita allá abajo, he vendido *Los Peruanos* al director, con dos piezas más que tenía en cartera. Parto para Holanda sin un céntimo; comeré pan por el camino hasta que llegue á Flessingue. Mi viaje está pagado, y esto es todo. Sin la piedad de mi patrona, que confía en mí, me hubiera visto obligado á partir á pie con mi hato al hombro. A pesar de sus dudas sobre mí, como que sin usted no hubiera podido enviar á mi suegro y á mi mujer á New-York, mi agradecimiento es el mismo. No, señor Alain, no olvidaré nunca que los cien luises que usted me prestó le producirían hoy mil quinientos francos de renta.— Le creo á usted, Mongenod, le dije casi convencido por el acento que había empleado al pronunciar estas palabras.—¡Ah! ya no me dices señor, dijo con viveza mirándome con aire enternecido. ¡Dios mío! dejaría Francia con menos pesar si dejase en ella un hombre á cuyos ojos no fuese ni un medio bribón, ni un disipador, ni un hombre lleno de ilusiones. En medio de mi miseria he amado á un ángel, y un hombre que sabe amar, Alain, no es del todo despreciable... Al oír estas palabras le tendí mi mano, que él se apresuró á estrechar.—¡Que el cielo te proteja! le dije.—¿Seguimos siendo amigos? me preguntó.—Sí, le respondí. Que no se diga que mi compañero de la infan-

cia y el amigo de mi juventud se ha marchado de Francia bajo el peso de mi cólera. Mongenod me abrazó llorando y se precipitó hacia la puerta. Cuando algunos días después me encontré á Bordín, le conté mi última entrevista y me dijo sonriéndose:—Me alegraré que no haya sido eso una nueva escena de comedia... ¿Le pidió á usted algo?—No, le respondí.—Antes de marcharse vino á mi casa á pedirme con qué comer por el camino. En fin, ¡vivir para ver! Esta observación de Bordín me hizo temer que sin duda había cedido estúpidamente á algún nuevo arranque de sensibilidad. «Pero él también ha hecho como yo», me dije. Creo inútil explicarle á usted la manera como perdí toda mi fortuna, á excepción de aquellos otros cien luises, que coloqué en papel del Estado cuando estaba tan alto que apenas me dieron quinientos francos de renta, que era con lo único con que contaba á la edad de treinta y cuatro años. Por influencia de Bordín obtuve un empleo de ochocientos francos en la sucursal del Monte de piedad, situada en la calle de los Petits-Augustins. Entonces viví muy modestamente. Habitaba en la calle de los Marais, en un tercer piso compuesto de dos piezas y un gabinete, que me costaba doscientos francos anuales. Iba á comer á un figón por cuarenta francos al mes. Por la noche hacía copias, pues, como soy pobre y feo, tuve que renunciar á casarme.

Al oír aquella sentencia que el pobre Alain daba de sí mismo con adorable resignación, Godofredo hizo un movimiento que expresó, mejor que lo hubieran hecho sus palabras, la semejanza de sus destinos, y el cuitado, respondiendo á este elocuente gesto, pareció que esperaba alguna pregunta de su auditor.

—Y ¿no ha sido usted nunca amado? preguntó Godofredo.

—¡Nunca! contestó Alain, excepto por la señora, que nos paga á todos con el mismo amor que nosotros sentimos por ella, un amor que se puede llamar

divino. Usted ha podido convencerse de ello: vivimos de su vida, como ella vive de la nuestra, y tenemos un alma común á todos; y aunque nuestros goces no son físicos, no por eso carecen de animación, pues sólo existimos para el corazón... ¿Qué quiere usted, hijo mío? repuso, cuando las mujeres están en estado de apreciar las cualidades morales, han acabado ya con su belleza, están viejas... Créame usted que yo he sufrido mucho en esta vida.

—Lo comprendo..., dijo Godofredo.

—Bajo el Imperio las rentas no se pagaban puntualmente, y era preciso prever las suspensiones de pagos, repuso el buen hombre bajando la cabeza. De 1802 á 1814, no pasó semana en que no echara la culpa de mis desgracias á Mongenod. Sin Mongenod hubiera podido casarme, me decía; sin él no hubiera tenido que sufrir tantas privaciones. Pero á veces también me decía: «El desgraciado acaso siga viéndose perseguido por la mala suerte en aquellos países». En 1806, un día en que ya se me iba haciendo insoportable la existencia, le escribí una larga carta por Holanda. No tuve respuesta, y esperé durante tres meses, fundando en esta respuesta esperanzas siempre frustradas. Por fin, me resigné á mi vida. A mis quinientos francos de renta y á mis mil doscientos del Monte de piedad, pues había ascendido, uní una teneduría de libros que obtuve en casa del señor Biroteau, perfumista, que me valió quinientos francos. De este modo, no sólo podía vivir con decoro, sino que aun ahorraba ochocientos francos anuales. Al principio de 1814, coloqué nueve mil francos de economías en papel del Estado, que estaba al cuarenta, y obtuve de este modo mil seiscientos francos de renta para los últimos años de mi vida. Tenía, pues, mil quinientos francos en el monte de piedad, quinientos por llevar los libros, mil seiscientos en papel del Estado, total, tres mil seiscientos francos. Tomé un piso en la calle del Sena y viví entonces un poco mejor. El cargo que